

27 DE SEPTIEMBRE 2026

43. DIOS ALLÍ

SERIE | EL RUGIDO DEL LEÓN & LA VICTORIA DEL CORDERO

PASTOR JAVIER DOMÍNGUEZ



INTRODUCCIÓN

Apocalipsis 22:1-5 Después el ángel me mostró un río de agua de vida, resplandeciente como cristal, que salía del trono de Dios y del Cordero, ² en medio de la calle de la ciudad. Y a cada lado del río estaba el árbol de la vida, que produce doce clases de fruto, dando su fruto cada mes; y las hojas del árbol eran para sanidad de las naciones. ³ Ya no habrá más maldición. El trono de Dios y del Cordero estará allí, y Sus siervos le servirán. ⁴ Ellos verán Su rostro y Su nombre estará en sus frentes. ⁵ Y ya no habrá más noche, y no tendrán necesidad de luz de lámpara ni de luz del sol, porque el Señor Dios los iluminará, y reinarán por los siglos de los siglos.

El pastor escocés **Samuel Rutherford** escribió: *«Si yo llegara al cielo y Cristo no estuviera allí, me saldría de inmediato, porque el cielo sin Cristo sería un infierno para mí»*. Precisamente eso nos enseña el texto que estudiaremos: la felicidad del cielo será Dios mismo, porque Él estará con nosotros para siempre.

El pasaje nos muestra esta verdad mediante varias imágenes tomadas del jardín del Edén. Dios había dispuesto que la tierra fuera un gran jardín y que el hombre gobernara en Su representación. Sin embargo, el pecado entró en el mundo y Adán y Eva fueron expulsados del Edén. Desde entonces, el ser humano busca ese paraíso perdido. Tal vez por eso las historias que más nos conmueven son aquellas que terminan bien: expresan, de alguna manera, nuestro anhelo por recuperar la felicidad perdida. Pero este texto nos anuncia que Dios ha preparado un jardín restaurado: la nueva ciudad, la Nueva Jerusalén, la Iglesia en la nueva creación. Así como comienza la Biblia, y así también termina: con un jardín, una ciudad y un templo donde Dios habita con Su pueblo para siempre.

Por eso, este hermoso pasaje fue escrito para quienes lloran, para quienes están cansados y cargados, y para quienes, luchando por permanecer firmes en la fe, se preguntan: «¿Todo terminará bien para mí?». La respuesta de Dios es: sí, todo terminará bien.

Por lo tanto, mi propósito es convencerte de que **Dios, en la nueva creación, será nuestra vida, felicidad y gloria**. Y lo veremos a través de tres verdades que este texto nos enseña acerca de Dios como nuestro proveedor.

I. DIOS SERÁ NUESTRA FUENTE INAGOTABLE DE VIDA

Apocalipsis 22:1-2 Después el ángel me mostró un río de agua de vida, resplandeciente como cristal, que salía del trono de Dios y del Cordero, ² en medio de la calle de la ciudad. Y a cada lado del río estaba el árbol de la vida, que produce doce clases de fruto, dando su fruto cada mes; y las hojas del árbol eran para sanidad de las naciones.

Lo primero que vemos aquí es que Juan contempla a la Iglesia, a la Nueva Jerusalén, como una ciudad-jardín. Observemos los elementos que menciona: hay un río, el árbol de la vida, hay fruto, y sobre todo eso la presencia de Dios allí.

Por medio de estas imágenes, Dios nos está mostrando que la Biblia termina de una manera semejante a como comenzó. Si al inicio de la Biblia encontramos una creación, aquí contemplamos una nueva creación. Si allá encontramos un paraíso perdido, aquí encontramos un paraíso recuperado. Si allá vemos al primer Adán con su esposa en el jardín, aquí contemplamos al segundo Adán con su esposa en el jardín, eternamente. Si allá encontramos piedras preciosas distribuidas por aquella tierra, aquí las vemos incrustadas en los muros de la ciudad¹. Si allá vemos árboles que daban fruto según su especie y conforme a sus estaciones, aquí encontramos fruto continuamente: ya no sujeto a estaciones, sino para siempre.

Mediante toda esta simbología, Dios nos está enseñando que no vamos a regresar a un Edén terrenal. No. Sino que avanzamos hacia algo mucho mejor: un Edén celestial. Y esto es importante, porque constituye el cumplimiento de lo que se nos dice en Hebreos 11:16. Cuando el autor habla de los héroes de la fe, afirma que ellos anhelaban una patria mejor, «la celestial». Y que Dios no se avergüenza de llamarse Dios de ellos porque Él mismo les ha “preparado una ciudad”. Pues bien, en Apocalipsis 22 contemplamos el cumplimiento de esa esperanza: la ciudad celestial que Dios ha preparado para su pueblo.

Así que lo primero que Dios nos enseña por medio de este hermoso pasaje es que, en Cristo, tú y yo hemos ganado mucho más de lo que perdimos en Adán.

Los primeros versículos nos muestran, al menos, tres cosas que hemos ganado en Cristo:

a) Un río de agua de vida

Este río simboliza la vida eterna y la comunión eterna que tenemos con Dios. Dice que el río viene directamente del trono de Dios y del Cordero. Esto es muy importante. Nos está diciendo que la comunión que tú y yo tenemos con Dios y la vida eterna que tenemos, no se va a agotar, no se va a contaminar y nunca va a desaparecer, porque la fuente misma de ambas es Dios.

Así, Dios nos está enseñando que nuestra esperanza evangélica no consiste en vivir para siempre sino en tener comunión con Dios para siempre. ¿De qué serviría llegar a la santa ciudad, gozar de su hermosura, contemplar su grandeza, comer del fruto y tomar de la fuente de agua de vida, si *Dios no estuviera allí*? Dios nos está enseñando que la esperanza del cristiano no consiste en recibir todas las cosas que Él nos promete, sino que es Dios mismo.

Esta es nuestra esperanza, no vivir para siempre, sino vivir con Dios para siempre. Nuestra gloria será que la fuente inagotable de vida eterna será Dios mismo con nosotros.

b) El árbol de la vida

El segundo símbolo de aquello que hemos ganado en Cristo, mucho más de lo que perdimos en Adán es: el árbol de la vida. ¿Qué representa? Bíblicamente, al menos tres cosas. En Génesis 3:22 representa la vida eterna; en Proverbios 3:18 y Proverbios 13, la felicidad del creyente; y en Isaías 53, como en otras partes del libro, la restauración de nuestra alma. En resumen, el árbol de la vida representa la gracia de Dios operando en nosotros.

Que el árbol esté en medio de la ciudad, junto al río, significa que todo aquello que perdimos en el Edén y que el ser humano busca día tras día en el mundo —en la ciencia, la tecnología, las personas, el trabajo, los hobbies y tantas otras cosas— lo encontramos ahora en Cristo Jesús.

Hermanos, desde que el ser humano perdió el Edén, no ha dejado de buscarlo. Pero en Cristo, por la gracia de Dios operando en nosotros, tenemos ríos de agua viva brotando de nuestro interior. El fruto del Espíritu Santo nos alimenta, fortalece y anima cada día. Él nos recuerda continuamente su Palabra, su gracia salvadora y al Cristo victorioso.

¹ Ref. Recurso de discipulado: La nueva Jerusalén: nuestra belleza como la esposa del Cordero, sermón del 13 de septiembre de 2026.

Defiende en nosotros la causa, la obra y la dignidad de Cristo. Fortalece nuestra esperanza y nos enseña que no estamos solos. Por eso, el árbol de la vida, la felicidad del cristiano, no es otra cosa que la gracia de Dios en nosotros.

c) Sanidad para las naciones

Hay algo más que tenemos en Cristo, mucho más de lo que perdimos en Adán: sanidad para las naciones. Es significativo que aquí «naciones» aparezca en plural. Implica que esta ciudad-jardín será cosmopolita: estará compuesta por personas de toda tribu, pueblo, lengua y nación, libre de un carácter exclusivamente étnico o nacional.

Lo interesante es que conservaremos nuestra nacionalidad; de otro modo, no se hablaría de personas «de toda tribu, pueblo y nación». Pero no será una identidad política que nos divida, sino un testimonio de la eficacia universal de la obra de Dios. Él demostrará que su elección, su llamamiento y su justificación alcanzaron a personas de todas las naciones, quitando la enemistad que nos dividía. Todas estarán representadas y Dios recibirá gloria de todas ellas.

A esto se refiere la expresión «sanidad de las naciones». Algunos podrían pensar que habla de enfermedad, pero en el cielo no habrá enfermedad. Se refiere a que hoy las naciones viven en pugna. Así como algunos decían: «Yo soy de Apolos» o «yo soy de Pablo», hoy otros dicen: «yo soy salvadoreño», «yo soy costarricense». En el cielo no habrá esas rivalidades. Todos habremos sido sanados por el Cordero: hechos íntegros, sin divisiones ni favoritismos.

Esto tiene grandes implicaciones para nuestra misión evangelizadora. Toda iglesia local debe reflejar ese carácter cosmopolita y evitar dos errores que las misiones evangélicas han cometido en ocasiones. El primero consiste en llevar, junto con el evangelio, la propia cultura e imponer sobre quienes son evangelizados. Debemos llevar el evangelio, no nuestras preferencias sobre cómo vestir, comer o vivir aspectos culturales que la Escritura no prescribe.

El segundo error es el favoritismo. Es lamentable escuchar a ministerios decir: «Nos enfocamos en los empresarios», «en los profesionales», «en los ricos» o «en los pobres». No. La Iglesia debe ser cosmopolita, sin rivalidades ni favoritismos. Rico o pobre, de la ciudad o del campo, intelectual o iletrado: si estamos en Cristo, somos hermanos.

¡Gloria a Dios por esta hermandad y esta fraternidad! Toda iglesia local debe reflejarla.

Esto también debe examinarnos. Pregúntate: ¿dónde estás evangelizando y a quiénes procuras alcanzar? ¿Solamente a quienes consideras por debajo de ti porque resulta más cómodo? ¿Por qué no buscar también a quienes te consideran su igual o incluso están por encima de ti? No hagamos acepción de personas. Evangelicemos a todos y no permitamos que la comodidad determine a quién anunciamos el evangelio.

Pero el texto nos muestra algo más: la fuente de todo esto siempre será Dios y el Cordero. Estos versículos cumplen la profecía de Ezequiel 47:1 en adelante, donde un río de agua de vida sale del templo y lleva sanidad y purificación. Apocalipsis 22 presenta su cumplimiento, pero con un detalle: aquí el río procede del trono de Dios y del Cordero.

¿Por qué esta diferencia? Porque esta ciudad-jardín es también un templo en el cual Dios habita como Señor. Por eso, lo que sigue contiene varios aspectos de la vida sacerdotal de los creyentes: somos sacerdotes de su templo. La Nueva Jerusalén tendrá la belleza del jardín, el orden de una ciudad y la santidad del templo del Señor. ¡Qué hermosa es la Iglesia! ¡Qué hermosa es la novia de Cristo! ¡Qué grandioso es nuestro Señor con nosotros!

Esta verdad debe instruirnos, pero también consolarnos. Si Dios es el único proveedor de vida y de nuestra comunión eterna, entonces hoy, mañana y siempre Él continúa siendo la fuente inagotable de paz, de restauración matrimonial, de restauración personal, de comunión con Dios y de verdadera felicidad. La fuente siempre será el Cordero. Nadie puede encontrar felicidad definitiva fuera de Cristo, porque todo lo demás es temporal. Por eso Jesús dijo a la samaritana en **Juan 4:14**: **«Pero el que beba del agua que Yo le daré, no tendrá sed jamás, sino que el agua que Yo le daré se convertirá en él en una fuente de agua que brota para vida eterna»**. ¿De qué sed habla? De la sed por encontrar en el mundo, en la filosofía o en la religión, aquello que solamente Dios puede dar; es decir, de buscar suficiencia fuera de Él. Si esa sed permanece, es porque no se ha conocido verdaderamente a Cristo. Pero quien tiene a Cristo ha encontrado en Él su suficiencia: Cristo lo es todo, la esperanza de gloria.

Hermanos, la vida que un día disfrutaremos en plenitud ya ha comenzado en nosotros por la gracia de Dios. Es el “ya, pero todavía no”: ya participamos de estas bendiciones, aunque su consumación todavía espera aquel día en que estaremos delante del Cordero. Por eso, en Cristo

no solo tenemos el amor del Padre, sino también su consuelo, sabiduría y paz cada día, porque Él es nuestra fuente inagotable de comunión y de vida cristiana.

Preguntas de comprensión

1. ¿Qué nos enseñan las imágenes del río de agua de vida y del árbol de la vida acerca de la nueva creación?
2. ¿En qué sentido el final de la Biblia es mucho más que simplemente regresar al Edén?

Preguntas de reflexión

1. Si la nueva creación estará formada por personas de toda tribu, pueblo, lengua y nación, ¿qué debería caracterizar desde ahora nuestra manera de recibir, amar y evangelizar a personas diferentes de nosotros?
2. ¿Dónde estás buscando actualmente vida, satisfacción, paz o restauración fuera de Cristo? ¿Cómo cambia nuestra perspectiva recordar que Dios mismo es la fuente de nuestra vida?

Según lo leído hasta este momento, ¿de qué manera has sido animado, enseñado, exhortado, desafiado o consolado?

II. DIOS SERÁ NUESTRA FUENTE INAGOTABLE DE VIDA

Apocalipsis 22:3-4 Ya no habrá más maldición. El trono de Dios y del Cordero estará allí, y Sus siervos le servirán. ⁴ Ellos verán Su rostro y Su nombre estará en sus frentes. Estos versículos reafirman que la mayor y más hermosa bendición que recibiremos en la eternidad no será lo que Dios nos dé, sino Dios mismo. **Dios allí.**

El versículo 3 dice que **ya no habrá más maldición**. Para entender esta frase debemos volver a Génesis 3, pues hace referencia a la maldición causada por el pecado de Adán. Después de que Adán pecó, la miseria entró en nuestra vida: la enfermedad, el dolor, la angustia, el pánico, la inseguridad, las dudas, la desesperanza, la culpa y hasta la muerte. Por eso hoy peregrinamos en esta tierra entre sufrimiento y lágrimas.

Pero llegará el día en que nuestra miseria será transformada. De hecho, espiritualmente esa transformación ya ha comenzado en nosotros por medio de Cristo Jesús. Nuestra miseria ha sido removida por la obra del Cordero. Por eso, inmediatamente después de decir **«ya no habrá más maldición»**, el texto añade: **«El trono de Dios y del Cordero estará allí»**.

Hermanos, no hay mejor noticia que saber que Dios estará allí. El fin de nuestra salvación de la miseria, de nuestra justificación de la culpa y de nuestra liberación de la condenación no consiste simplemente en lo que recibiremos, sino en que Dios estará con nosotros. Él es nuestro premio inmerecido, nuestra recompensa, nuestro todo. ¿De qué serviría tenerlo todo y no tener a Cristo? Seríamos las personas más miserables del cielo. La bendición del cielo es Dios allí; y porque Él está allí, no habrá más muerte, dolor, llanto ni miseria.

Luego dice: **«Sus siervos le servirán»**. Esto significa que el fundamento de nuestro servicio debe ser la expiación del Cordero. Aquí contemplamos no sólo la grandeza y majestad de Dios, sino también su ternura. Hablar del trono de Dios es hablar de su majestad, soberanía y grandeza; de Dios como Juez y Rey. Pero el texto también habla del trono del Cordero, de Aquel que derramó su preciosa sangre por nosotros y expió nuestros pecados en la cruz.

Esto nos enseña que el fundamento de nuestra liturgia, nuestro servicio y nuestra adoración comunitaria debe ser tanto la majestad de Dios como el amor y la ternura del Cordero

manifestados en su expiación. ¿Por qué adoras a Dios? ¿Por qué le sirves? Porque Cristo murió por nosotros. Este texto nos llama a examinar el motivo por el cual cantamos, servimos y hacemos lo que hacemos. Ese motivo debe ser la majestad de Dios y la expiación del Cordero.

Pero el texto revela otra maravillosa bendición que hemos ganado en Cristo, mucho mayor que aquello que perdimos en Adán. El **versículo 4** dice: **«Ellos verán Su rostro»**. No solo serviremos a Dios, sino que por fin tendremos la plena visión beatífica del Cordero para siempre. Podremos mirar cara a cara a Jesús sin avergonzarnos jamás, porque Él nos ha expiado.

Detengámonos en esta verdad y bebamos de su consuelo: Mientras Adán permanecía en su estado de integridad, miraba a Dios, hablaba con Él y gozaba de comunión con Él. Pero después de pecar solo pudo escuchar su voz; ya no quiso contemplar su rostro. Se llenó de vergüenza y se escondió de Dios. Más adelante, Moisés, a quien Dios llamó amigo, rogó: «Señor, muéstrame tu rostro»; sin embargo, solo pudo ver sus espaldas. David buscó varias veces ver el rostro de Dios sin verlo materialmente. Isaías, en aquella impresionante visión de la majestad divina en Isaías 6, solo contempló el borde de su manto.

Pero nosotros, pecadores que no merecemos la gracia, veremos sin vergüenza alguna el rostro de nuestro Salvador ¿No te parece esto hermoso e inmerecido?

Hermanos, esto es el cielo. No son las calles de oro, ni el río como cristal, ni el árbol de la vida con sus doce frutos; tampoco las doce puertas, los doce cimientos o los muros adornados con piedras preciosas. El cielo es Dios con nosotros y nosotros con Dios. El cielo es Dios allí. Es Dios sin distancia. Podremos estar con Él, hablar con Él y escuchar su voz. Lo grandioso del cielo es que finalmente veremos su rostro en el Hijo y estaremos para siempre con Él.

Por esto **Charles Spurgeon** dijo *«conoceremos más de Cristo en cinco minutos en el cielo de lo que conoceremos durante todos nuestros años en la tierra»*.

Hermanos, ahora vemos a Cristo por medio de la fe; lo amamos sin haberlo visto. Peregrinamos por esta tierra, muchas veces entre lágrimas, preguntándonos si aquello que enfrentamos terminará bien. Pero nuestra esperanza es que un día levantaremos nuestros ojos y veremos finalmente el rostro de Aquel que fue golpeado por nosotros, escupido y coronado de espinas: contemplaremos el rostro del Cordero, el rostro de Cristo. Y cuando lo veamos comprenderemos plenamente que seguirlo valió la pena; que amarlo, congregarnos, obedecerlo, discipularnos, servirle, adorarlo, creer en Él y confiar en Él valió la pena. Porque Dios mismo será para siempre la fuente inagotable de nuestra comunión con Él.

Dios allí. Dios con nosotros.

Preguntas de comprensión

1. ¿Qué significa la afirmación «ya no habrá más maldición»?

Preguntas de reflexión

1. Si nuestro destino eterno es servir, adorar y contemplar a Dios, ¿qué debería producir esa esperanza en nuestra adoración y servicio a Dios ahora?

2. Un día veremos el rostro del Cordero y comprenderemos que seguirlo, congregarnos, obedecerle, creer y confiar en Él valió la pena. ¿En qué área de tu vida necesitas recordar eso en este momento?

Según lo leído hasta este momento, ¿de qué manera has sido animado, enseñado, exhortado, desafiado o consolado?

III. DIOS SERÁ LA LUZ INAGOTABLE DE NUESTRA GLORIA.

Apocalipsis 22:5 Y ya no habrá más noche, y no tendrán necesidad de luz de lámpara ni de luz del sol, porque el Señor Dios los iluminará, y reinarán por los siglos de los siglos. Aquí aparecen dos grandes temas: ya no habrá noche porque Dios será nuestra luz, y reinaremos con Él.

Hermanos, la Biblia no termina en oscuridad. Así como Génesis 1:1-2 comienza con luz, Apocalipsis termina también con luz. Ya no habrá más noche. Ya no más necesidad de luz.

A lo largo de la Biblia, la noche y las tinieblas simbolizan peligro, sufrimiento, ignorancia, pecado y muerte. Pero en la Nueva Jerusalén ya no habrá oscuridad, porque la gloria misma de Dios llenará de luz toda la nueva creación para siempre. Ya no habrá noches de duelo, llanto o dolor como las que ahora experimentamos; noches en las que lloramos sin comprender lo que ocurre en nuestra vida; noches de pánico, de aflicción porque un esposo, una esposa o un hijo no llega; noches de angustia o de miedo por causa de nuestra culpa.

Ya no necesitaremos la luz del consejo humano, o de la ciencia, filosofía, o religión. Ni siquiera necesitaremos la luz de la fe como ahora, porque Dios mismo nos alumbrará para siempre. Durante siglos, los creyentes del Antiguo Testamento, del Nuevo Testamento y de la Iglesia han orado: **«El Señor haga resplandecer Su rostro sobre ti» (Números 6:25)**. Aquel día, esa petición finalmente se cumplirá, porque el rostro glorioso de Dios nos alumbrará para siempre. Nunca más dudaremos, ni retrocederemos o preguntaremos: «¿Por qué, Dios?» o «¿Dónde estás, Señor?» Porque Él estará con nosotros para siempre. Dios allí.

Entonces sucederá algo que no merecemos: reinaremos con el Cordero. No lo merecemos porque nacimos pecadores, culpables, rebeldes y esclavos del pecado. Pero el milagro de amor es que estando muertos en delitos y pecados Cristo murió por nosotros, nos lavó, nos hizo suyos y nos llevará a su reino para estar con Él. Finalmente, la esposa estará con el Esposo y al fin seremos juntos felices para siempre.

Demos gracias a Dios porque, en la nueva creación, Él será nuestra vida, nuestra felicidad y nuestra gloria, como lo ha prometido.

Pero todo esto plantea una pregunta fundamental: ¿cómo entramos en esta ciudad-jardín y templo?

Cuando Jesús estaba en la cruz había dos ladrones, uno a cada lado. Uno de ellos hizo una petición extraordinaria: **«Acuérdate de mí cuando vengas en Tu reino» (Lucas 23:42)**. Sus palabras revelan al menos tres convicciones. Primero, que hay vida después de la muerte. Segundo, que la vida estaba en Aquel que estaba crucificado a su lado, pues reconoció que Jesús vendría como Rey. Y tercero, que ese hombre crucificado era el Cristo prometido por los profetas del Antiguo Testamento. Jesús le respondió: **«En verdad te digo: hoy estarás conmigo en el paraíso»**.

Hermanos, ¿cómo entramos en la ciudad-jardín? El único camino y la única puerta es Jesucristo. Confía en Él. Tal vez estás cargado con tus pecados y sientes que perteneces al mismo infierno. Pero si Dios te llama, te arrepientes y crees en la obra de Cristo, Él mismo te levantará y te llevará consigo. Dios te rescatará; y si tiene que sacarte de lo más profundo, lo hará, porque te ama y Cristo murió por ti. Por eso **Isaías 43:2** dice: **«Cuando pases por las aguas, yo estaré contigo, y si por los ríos, no te anegarán; cuando pases por el fuego, no te quemarás, ni la llama te abrasará»**. Porque tú eres **«el gusanito de Jacob» (Isaías 41:14)**, la niña de los ojos de Dios (Deuteronomio 32:10).

Así que, hermano y hermana, si hoy preguntas «Señor ¿todo va a terminar bien?», si enfrentas dificultades y oras: «Señor, tengo cáncer, ¿todo va a terminar bien?»; «Señor, no tengo trabajo, ¿de verdad todo va a terminar bien?», la respuesta de Dios hoy es: ¡Sí! Sí, hijo; sí, hija; todo va a terminar bien.

No temas, Iglesia. Todo terminará bien, porque ya no habrá más muerte, dolor, llanto ni noche. Cuando lleguemos al cielo, finalmente se cumplirá en nosotros el propósito de nuestra salvación y de nuestra creación: **Dios allí. Él con nosotros y nosotros con Él para siempre.**

Preguntas de comprensión

1. ¿Qué significa entonces la promesa: «ya no habrá más noche»?

Preguntas de reflexión

1. ¿Por qué la presencia de Dios es una esperanza todavía mayor que simplemente la desaparición del sufrimiento?

2. ¿Qué situación de tu vida se siente actualmente como una «noche»? ¿Cómo puede ayudarte a perseverar saber que la oscuridad no tendrá la última palabra?

3. Si lo mejor de la nueva creación no será el río, el árbol de la vida, la ausencia de dolor ni siquiera vivir para siempre, sino tener a Dios mismo para siempre, ¿qué revela tu vida presente acerca de cuánto deseas realmente a Dios?

Según lo leído en este discipulado, ¿de qué manera has sido animado, enseñado, exhortado, desafiado o consolado?

🎵 ALABANZAS | DOMINGO 27 DE SEPTIEMBRE, 2026

En nuestra iglesia siempre buscamos que puedas integrarte y disfrutar mas de la adoración comunitaria, por tal razón compartimos el siguiente listado de alabanzas para que adores a nuestro Señor Jesucristo:

Cuan grande es Él

Carl Boberg

[Escuchar aquí](#)

No valgo por mi posesión

Doulos

[Escuchar aquí](#)

Gracias por ser parte de nuestra comunidad. Te invitamos a apoyar nuestro ministerio para seguir produciendo recursos como este. Puedes ofrendar a través de:

graciasobregracia.org/ofrendas
o escaneando el siguiente código:

